

CARTA VIGESIMOPRIMERA

Visita al cuarto de estudio.—Los cursos de historia de Pedro y Simona.—Alzamos un altar a la Memoria.—Una lección de vida práctica.—La familia Martín.—Mis discípulos son curiosos.

Ambleuse, 3 de septiembre.

La mañana de hoy, querida Francisca, la he consagrado a mis alumnos, tu hijo y su prima.

Cuando llegué a la Reina del Bosque, a eso de las nueve y media, al entrar en el cuarto de estudio, la señorita Galtia daba a los niños la lección de historia. La lección oral, es decir, el período durante el cual debe el alumno escuchar, fijando su atención en la palabra del que enseña. Tú sabes que hemos quedado que esta lección no exceda nunca de un cuarto de hora... Otro cuarto de hora se emplea en asegurarse, por medio de preguntas, de que las nuevas cosas enseñadas han sido bien comprendidas; después de lo cual se repasa lo que ha sido aprendido días antes por el mismo procedimiento. Uno de nuestros principios es que lo aprendido no debe olvidarse nunca.

Aplicando rigurosamente este sistemá, la señorita Galtia se dedicaba una vez más a fijar en la mente de los niños eso que puede llamarse la noción cronológica.

Lo mismo que no se hace ninguna alusión geográfica sin referirse al mapa, no se anuncia ningún hecho histórico sin clasificarlo en seguida, en un cuadro secular de la historia, establecido sin más fechas que la enumeración de los siglos... El que comprendiesen bien esa división secular de la historia, no fué cosa fácil. Empezamos por aplicar el método que usamos para todo: el niño centro de toda enseñanza».

—Pedro, tú tienes siete años... Noel, hermano de Simona, tenía doce... Silvia tiene quince... La señorita Galtia, veintidós... La señora Lambert, treinta y cinco... Tu abuelo, setenta y dos... Primer ejercicio en que la aritmética prepara la cronología: se trazaron en un papel líneas proporcionadas a esas edades diversas. En seguida fuimos a visitar a cierto anciano de cien años, natural de Berry, el tío Miguel Thivier, que vive en Bourges. Y desde entonces, habiendo visto y tocado un siglo viviente, pudimos hablar del espacio secular sin que fuesen sílabas vacías. Pedro y Simona comprendieron fácilmente que toda esa historia del mundo que iban a enseñarles estaba contenida en varias vidas humanas superpuestas; pocas vidas, después de todo: unos sesenta Migueles Thivier; cuarenta antes de Jesucristo y veinte después. Y para que esto quedase fijo en su memoria, bastó que se les trazase un cuadro esquemático.

Ahora bien, ¿por cuál empezar de los sesenta cuadros esquemáticos cuya significación acababan de comprender? ¿Cualquiera, al azar, siguiendo el método corriente? ¡No! Hemos empezado por hablarles de la Francia de hoy, bajo la tercera república; y cuando esta Francia ha sido para ellos una persona familiar, ellos mismos nos han pedido

que les contásemos su historia, cosa que hemos hecho en términos breves, remontándonos primero hasta el nacimiento del tío Thivier, y después remontándonos hasta el de la misma Francia; todas estas etapas se inscriben en el cuadro secular.

Esta enseñanza elemental la recibieron oralmente, antes de que hubiesen abierto un libro. Ahora ya está admitido entre nosotros el libro, y el que vi esta mañana entre las manos de mis educandos era un resumen de «treinta páginas», que contiene toda la historia del mundo: una especie de mapamundi histórico. Como ese resumen no lo encontraba por ninguna parte, lo he hecho yo mismo.

Cuando Pedro y Simona hayan terminado dicho librito, y lo posean (única manera de saber), ¿qué sabrán de historia? Sabrán «quién» es Francia, cuándo nació, quiénes la engendraron y cuáles fueron las grandes épocas de su vida.

Este mismo sistema es el que se emplea para todas las demás enseñanzas. El de no enseñar «en el aire». El de que lo que se ha enseñado, lo sea «de una vez para siempre»; que no se olvide nunca, porque es la base para la enseñanza de mañana.

Nota bene.—La convicción de que no sirve de nada aprender si no se retiene, nos hace honrar una facultad que es de buen tono despreciar en las charlas pedagógicas: la memoria. Nosotros, en el cuarto de estudio, hemos levantado un altar a la memoria. Pedro y Simona, como la mayor parte de los niños, tienen bastante buena memoria; la de Simona, más pronta y menos segura; la de Pedrito, más lenta, pero más fiel... Ejercitamos infatigablemente estas memorias, persuadidos de que toda ciencia se apoya sobre una armadura, que sólo conserva la memoria como el minio conserva el

hierro. Hay que saber retener los conjuntos de ideas, el orden de las cosas; pero, a veces, también hay que retener palabras, nombres, números. Como nuestra enseñanza es metódica por esencia, no corremos el riesgo de amaestrar papagayos; nuestros alumnos saben siempre «por qué» tienen que aprender de memoria esto o aquello. Y cuando no se trata más que de un parco ejercicio de memoria, de aprender palabras, lo mismo que en gimnasia se hacen movimientos inútiles, evitamos también que aprendan tonterías. Nos hemos tomado también el trabajo de componer una pequeña antología con trozos de prosistas o poetas que no hay derecho a ignorar; como, por ejemplo, la frase de Pascal sobre la caña pensadora, la estrofa de Le Franc de Pompignac a propósito de la muerte de J.-B. Rousseau, sobre los injuriadores del sol. Esos son los ejercicios de memoria de mis pupilos; de modo que lo que adquieren es siempre de utilidad para ellos. Y como en vez de debilitar, por la enseñanza simultánea de una lengua extranjera, su facultad de comprensión, perfeccionan constantemente sus conocimientos de las palabras y expresiones francesas, aseguro a los incrédulos que Pedro y Simona, a los ocho años, comprenden muy bien la frase de Pascal y la estrofa de Pompignac. Se les ha explicado pacientemente, y ahora ellos son capaces de explicarla. Eso sí, ignoran las palabras «flasche» y «bottle». Cuando ven una botella, la llaman botella, sencillamente.

* * *

En París, mis discípulos consagran las horas de la mañana al cultivo del espíritu; pero en esta es-

tación de vacaciones, en que ven a todo el mundo organizando diversiones, yo exijo solamente que las horas de la mañana sigan, continúen disciplinadas; es decir, que el estudio ceda un poco de sitio a las distracciones vigiladas. Así es que, una vez terminada la lección de historia, con Pedro de una mano y Simona de otra, salimos para presenciar las labores de la granja.

Mis pupilos adoran esos paseos, que fueron uno de nuestros grandes sistemas de enseñanza antes de la intervención del libro. Llamamos a eso lecciones de vida. Mi presencia mantiene la atención de los niños, y si se extravía o se distrae, la despierto, la gobierno.

La vida rural, las plantas, los campos y los animales, he ahí la verdadera diversión de los niños, la más completa, la más sana, la más instructiva. Afortunados los que pasan toda la infancia lejos de la ciudad, como Jorge de Lespinat. ¡Cuántos conocimientos no atesoran! ¡Qué íntimamente amalgamados están con la naturaleza, con la realidad! ¡Qué variedad la de sus recuerdos! Las ciudades, artificio del hombre, no enseñan casi nada al niño urbano durante la «infancia de la infancia». Por eso hemos prolongado el mayor tiempo posible las estancias en el campo de Pedro y Simona, y siempre en esta Reina del Bosque, a la que tanto quieren, y cerca de esta granja, en la que todos los habitantes, personas y animales, les son familiares... He ahí a Catalina Martín, la granjera, ocupada en limpiar a fondo su gallinero; vestida con una gruesa falda color tierra, una chambra y una cofia que oculta casi por completo sus cabellos, hace jugar sus músculos robustos bajo el fuerte sol que reverbera en la fachada blanca. ¡Qué fortaleza! Esta mujer de cuarenta años, que tiene ya el

pelo gris y se cuida menos que a sus gallinas, tiene más juventud que más de una parisiense que conozco, pintada, teñida, adornada, que se ahoga de subir un piso de escalera... El marido, Dionisio Martín, está en el campo. Pero aquí tenemos a Clemente, el retoño tardío, el hijo preferido, que se acerca a su madre empujando una carretilla vacía; ha tirado en el estercolero las basuras del gallinero, y viene a buscar otra carga. Clemente es rechoncho, sólido, de cabellos rojos. Es contemporáneo de Pedrito, y cuando los dos tenían cinco años, le aventajaba en fuerza y hasta en inteligencia práctica. Pedrito, cuya educación había ido hasta entonces de cualquier manera, no sabía nada, y Clemente había recibido la sólida enseñanza que la naturaleza dispensa a los niños... Han bastado tres años para que hayan cambiado las cosas. Pedro es menos musculoso, pero más diestro en ejercicios físicos metódicos; salta, corre y lanza la pelota mejor que Clemente, y cuando los dos luchan cuerpo a cuerpo (cosa que no prohibo), no es siempre el campesino el que lleva la mejor parte... Por otra parte, como los Martín no quieren nada con la escuela, la inteligencia de su retoño sigue inculta, se embrutece de año en año; ya se presiente que será la imagen de su padre, con más astucia quizás, y seguramente menos deferencia para los amos.

Pero ¿quién es esa joven, muy vestida a esta hora matinal con un vestido de lana azul claro y un sombrero de paja con plumas, que está en la puerta de la habitación de la granjera? ¡Caramba! Pues es Eugenia Martín, la hija mayor. Su robusto cuerpo de diez y ocho años parece que va a hacer estallar el vestido «corte sastre» demasiado ajustado; su cara redonda, bajo el sombrero, pa-

rece un enorme melocotón con peluca... ¡Ah! viene hacia nosotros con toda naturalidad; ésta también es de la nueva incubación... «Buenos días, Eugenia, ¿está usted de vacaciones?...» Sí... ¡El notario Vatan, en cuya casa está usted para todo, le ha dado tres días de permiso?... ¡Ah! ¿va usted a dejar la casa?... ¿Es que el notario y su familia la tratan mal?... ¿No? Es muy buena gente, pero allí no se gana bastante... ¿Quiere usted ir a París, Eugenia? Y, ¿me pregunta usted si no sé de alguna buena casa de París para doncella?... No, Eugenia, no sé de ninguna. Le digo a usted la verdad; pero lo que no le digo es que si supiese de alguna me guardaría de indicársela, y que si yo fuese su padre no la dejaría ir a París, porque sus ojillos grises, Eugenia, chispean de curiosidad, y en la impaciencia de su voz, en no sé qué atrevimiento provocativo que hay en sus maneras, leo cuál ha de ser su porvenir parisién. Y, sabiendo lo que París ha de hacer de usted, no haré nada por ayudarla a salir de estos campos.»

Los niños y yo nos despedimos pronto de Eugenia, que no nos decía nada interesante y que desprecia la alquería... En cambio, charlamos largamente con Catalina, que nos enseñó, con gran misterio, una pava incubando huevos de gallina y también una incubadora artificial, recientemente adquirida. Este doble procedimiento de sacar pollitos, excitó en Pedro y Simona un apasionado interés; tuve que explicarles, por encima, el sistema del termo-sifón, que mantiene alrededor de los huevos una temperatura constante. La primera campanada, anunciadora del almuerzo nos sorprendió al lado de la incubadora. Afortunadamente, en la Reina del Bosque, las horas de las comi-

das no son tiránicas. No había, pues, temor a llegar tarde.

Cuando nos dirigíamos a la casa, Simona me preguntó con la mayor naturalidad del mundo:

—Tío; y los niños, ¿vienen también dentro de los huevos como los pollitos?

—No—respondí yo sin demostrar el menor desconcerto, porque hace mucho tiempo que esperaba la pregunta—. Los niños vienen sin cáscara, como los gatitos.

—Entonces, ¿cómo?

—Ya te lo explicaré cuando demos historia natural. Por ahora, ni tú ni Pedrito podéis comprenderlo.

No opusieron la menor objeción a esta réplica dilatoria; están acostumbrados. No obstante, Pedro preguntó aún:

—Y, ¿se pueden meter también niños en las incubadoras?

—Sí; cuando volvamos a París os llevaré a que los veáis.

—Pero, ¿niños vivos?

—Muy vivos.

Habíamos llegado a la casa. Mis dos discípulos me dejaron, completamente tranquilos de ánimo... Pero crecen y llegará un día en el que no podré contestar. «No lo comprenderíais.»

Sería un educador bien descuidado si no tuviese meditada la respuesta definitiva que habrá que darles.

CARTA VIGESIMOSEGUNDA

Una novela sentimental.—El educador y el amor.—Partido de tennis—El alma latina y el alma anglosajona.—Inercia paternal; ausencia de vergüenza de los hijos.—Cobardía en la educación.

Ambleuse, 7 de septiembre.

Asisto en estos momentos, querida sobrina (y no es el menor atractivo de mi estancia en estos lugares), a las peripecias de la pequeña novela sentimental, cuyos primeros capítulos hojeamos tú y yo el año pasado.

El verano pasado, lo mismo que éste, Silvia Bertrand Tasqué pasó en la Reina del Bosque el mes de septiembre. La Reina del Bosque está separada de Ambleuse un kilómetro escaso. Silvia tenía quince años y representaba diez y seis; Jorge de Lespinat cumplía en aquellos días los diez y siete.

Si Jorge hubiese sido uno de nuestros retóricos de París, un Noel Laterrade, mayor, y Silvia una de nuestras cotorritas modernas, una Blanca o Magdalena Demonville, la vecindad hubiese provocado un estival y frívolo flirteo, como los que veo en la nueva incubación.

Pero la adolescencia de Jorge transcurrió solitaria en una vieja mansión solariega, en compañía